



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

www.ceid.edu.ar - admin@ceid.edu.ar
Buenos Aires, Argentina

LA REMALVINIZACIÓN

24/02/2010



Diego Sebastián Sosa*

En abril de 1982 tenía yo sólo cinco meses de vida. No tengo ni padre ni hermanos que hayan participado del conflicto de Malvinas; tampoco otros familiares, ni siquiera amigos con familiares que sí lo hayan hecho. Los únicos veteranos de aquella guerra que conozco son los que deambulan por trenes y colectivos mendigando una pequeña ayuda para sostener sus vidas.

Eso sí, desde pequeño me enseñaron, cada 2 de abril o 10 de junio, en casa y en la escuela, que las Islas Malvinas son argentinas. "Pero, si son argentinas: ¿Por qué no podemos ir a ellas? ¿Por qué las llaman con ese nombre raro y no Malvinas? ¿Por qué algunos adultos lloran cuando hablan de ellas? ¿Por qué murieron tantos jóvenes peleando allí? ¿Por qué, por qué, por qué...?".

Aquellas inocentes preguntas muchas veces sólo obtenían una corta y evasiva respuesta debida, se supone, a la insuficiente edad para recibir explicaciones más elaboradas.

Pasaron los años y las clases de Historia, pero fundamentalmente la investigación por interés propio, fueron aclarándome algunas de esas tantas incógnitas: que son nuestras porque poseemos argumentos históricos, geográficos y jurídicos que

* *Estudiante de Relaciones Internacionales, Universidad Empresarial Siglo 21. Colaborador del CEID, Buenos Aires, Argentina.*

nos avalan; que los ingleses las usurparon y nos expulsaron en 1833; que un gobierno militar en decadencia intentó utilizarlas como válvula de escape y terminó perdiendo mucho más que una guerra; que esos mismos militares usaron a cientos de jóvenes como "carne de cañón" en una batalla perdida ya antes de comenzar; que los británicos desoyen sistemáticamente las resoluciones de Naciones Unidas que los obliga a discutir la cuestión de soberanía con la Argentina; que las Malvinas son una herida abierta en la integración territorial y en los corazones de los argentinos; etc., etc.



Cartel en la frontera argentino-brasilera

Hoy tengo 28 años y puedo observar a las Malvinas cada vez más lejos y, entonces, las preguntas que los libros no terminaron de responderme vuelven a surgir: Si son nuestras, ¿Por qué seguimos sin recuperarlas? ¿Qué hicimos para conseguirlo? ¿Qué estamos haciendo ahora?

La "desmalvinización"[†] de la sociedad argentina evitó durante el último cuarto de siglo realizar el duelo correspondiente que le permita salir del atolladero y poder así mirar hacia adelante.

Una guerra es una de las mayores situaciones límites por las que puede atravesar una sociedad; y una guerra perdida es una de las principales experiencias colectivas negativas que la memoria social tiende a querer borrar.

La posguerra encontró a una generación de argentinos viviendo en un contexto de transición, en donde el país necesitaba "olvidarse" de la guerra para reconstruirse como nación democrática.

Tras años de terrorismo de Estado, la herencia de la dictadura incluía un pueblo impregnado de una cultura de violencia y muerte, dividido socialmente y destruido económicamente. Y, por supuesto,

[†] Término que se le atribuye al intelectual francés Alain Rouquié, hombre que supo aconsejar al gobierno de Raúl Alfonsín.

un conflicto bélico absurdo al que la mayoría de la sociedad había apoyado. Ese contexto y esa vergüenza por haberse dejado usar por una dictadura militar que, hasta días antes de la invasión a las islas, la reprimía y oprimía, llevó a una generación de argentinos a un impresionante proceso de desmemoria forzada.



Rendición argentina en Malvinas

Sin embargo, casi 30 años después, otra generación, la de los que nacimos en la brecha histórica que fueron los años '80, herederos de una democracia a la que hoy consideramos indiscutida e irrenunciable, exigimos cambios. Porque también somos herederos de las consecuencias de aquel proceso de "desmalvinización": la falta de un debate serio sobre Malvinas dejó como resultados a nivel social, la evasión de las responsabilidades hacia los jóvenes que allí murieron, hacia sus deudos y hacia los veteranos de guerra tantos años ignorados.

A nivel político, a esos mismos reclamos se les suman las ciclóticas políticas llevadas a cabo para conseguir la recuperación de las islas. Desde la acción multilateral o la discusión bilateral, la intransigencia o la cooperación, pasando por la "seducción" o el "paraguas de soberanía"; finalmente, la única política exitosa y sostenida en el tiempo ha sido la de "hechos consumados", llevada a cabo por ingleses y kelpers. Los resultados están a la vista: hoy las Islas Malvinas gozan del status de Territorio Británico de Ultramar, incorporado a la Unión Europea por el Tratado de Lisboa vigente desde 2009. También fueron incorporadas y poseen el mismo status las Islas Sándwich del Sur y Georgia del Sur, además del Sector Antártico Argentino, que allí figura como Británico. Los colonos ingleses poseen un PBI mayor que los propios habitantes del Reino Unido, gracias a las regalías obtenidas por las licencias de pesca emitidas unilateralmente (imaginemos cuánto pueden aumentar su riqueza si finalmente se descubre petróleo en los mares adyacentes).

Reciben desde hace años inversiones extranjeras y de su desarrollo participan no sólo capitales de la UE sino también de Japón, Corea del Sur y otros países asiáticos. Tienen una extensa "Constitución de las Falklands", más extensa aún que la Constitución Argentina.

Hoy día, la noticia es la llegada a las islas de una plataforma de exploración petrolera, que buscará confirmar o descartar la presencia de hidrocarburos en las cuencas malvinenses.

Acción enmarcada en un ansiado objetivo: obtener la autosuficiencia económica y financiera para, en un futuro, convertir a las islas usurpadas en un mini-estado asociado a la Corona. Ya existen muchos "mini-estados con sponsors", más

pequeños que Malvinas, e incluso, miembros de las Naciones Unidas: Islas Marshall, Micronesia, Palau (asociados a EE.UU.); Isla Cook, Kiribati, Nauru (asociados a Nueva Zelanda). Son también miembros de NU otros 16 países, la mayoría islitas, cuya jefa de Estado es la Reina Isabel II del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.



Armado de la plataforma petrolera en Malvinas

No hay más tiempo que perder. Los que cargamos con esta pesada mochila ya no tenemos ni queremos más excusas. Exigimos un debate urgente, en todos los niveles, para que las próximas generaciones no hereden una nueva "desmalvinización", que esta vez no será mental –la pérdida de la memoria–, sino física –la pérdida territorial–. Exigimos una "remalvinización", para que podamos seguir diciéndoles a nuestros hijos y nietos, con hechos y no sólo palabras: "las Malvinas son argentinas".